

LOS FASCISTAS Y EL 98

El presente trabajo forma parte del volumen "Aproximaciones al realismo español", que será editado por Castellet Editorial, a la que agradecemos la amabilidad de ceder nos su publicación separada.

1 EN BUSCA DE UNA GENEALOGIA

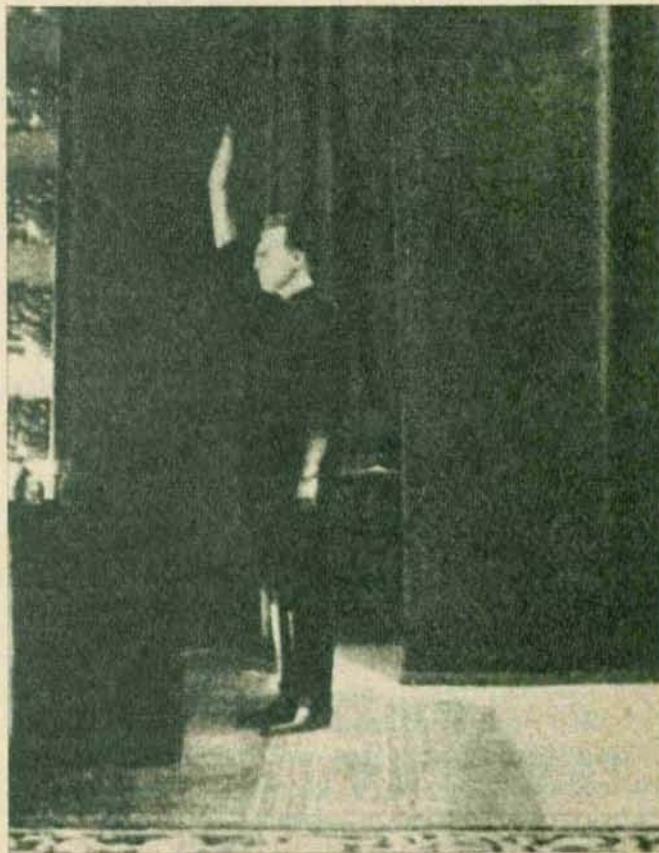
Pocos datos habrá tan reveladores de lo que fueron las tensiones por fundamentar una "cultura totalitaria" como el fallido intento del fascismo español de rescatar para sus intereses el prestigio de la Generación del 98. Es sabido que a partir del advenimiento de la República, los sectores más inquietos del movimiento fascista airearon con énfasis sus presuntas afinidades con los maestros, que, unos treinta años antes,

habían reaccionado ante la crisis colonial oponiendo al progresivo Desastre del país su aleatorio radicalismo de clase media. Sabido es también que la tentativa de acercamiento no cuajó y que no hubo de pasar mucho tiempo para que los mismos que la patrocinaron se revolvieran con furia contra su primer objetivo. Lo que ahora nos interesa es intentar una explicación de los hechos que, junto a las razones de la ingenua aventura fascista nos aclare en lo posible ciertas actitudes que a estas alturas pueden parecer poco claras por parte de los viejos maestros.

JOSE A. GOMEZ MARIN



Rafael Sánchez Mazas.



Ernesto Giménez Caballero.



Banquete de homenaje a don Ramón María del Valle-Inclán, que le fue ofrecido en 1932. A la derecha del autor de "Divinas palabras" se sienta don Miguel de Unamuno; a su izquierda, Alvaro de Albornoz y Américo Castro.

EL CULTO DE LA ACCIÓN

QUIEN conozca, aunque sea de lejos, el horizonte emocional de los años treinta, sabrá que la palabra "acción" funciona como clave insustituible en la curiosa retórica de la época. "De acción" se reclamaban los hombres del extremismo izquierdista, los de la extrema derecha e incluso los de ciertas latitudes templadas, acordes todos en pronunciar esa palabra en su acepción de **violencia**. El clima de subida exaltación nacionalista que ocupaba toda Europa cristalizó en la mística de la acción como fulminante para disparar a unas generaciones contagiadas de un histerismo colectivo que luego ha terminado, paradójicamente, por interpretarse como **miedo a la libertad**. Entonces, sin embargo, este **heroísmo** pudo ser identificado como valor absoluto por las generaciones jóvenes y la **acción** se convirtió en un santo y seña universal y, tal vez por eso mismo, confusivo.

La clave estratégica de la propaganda fascista estribó de este modo en una serie de contraposiciones, en buena medida tópicas, entre el ideal de vida que proponía y el de la "vieja sociedad". La conciencia de estar viviendo una etapa de crisis profunda,

caracterizada por un decisivo empeño de **reconstrucción**, es una constante desde José Antonio (véase, citado al azar, el discurso de constitución del SEU, 21-I-35) a Ledesma y el grupo jonsista (véase, también al azar, la reiteración del tema en el "Discurso a las juventudes de España"), pasando por los elementos más intelectuales —Sánchez Mazas, García Valdecasas— y por los cultistas declamatorios a la italiana —Montes, Giménez Caballero, etcétera—. Esa es la perspectiva en que se produce la famosa diatriba contra el XIX, siglo de la disgregación y colofón de la Decadencia, pero sobre todo siglo del liberalismo, frente al que la modernidad propone el rodrigón totalitario de la **acción**. El signo de la época es la audacia y, en consecuencia, el ideal de vida "moderno" consiste en un **humanismo heroico** al servicio del que se instituye una contundente retórica —Mainer lo ha estudiado recientemente en "Falange y Literatura"— de indudable atractivo juvenil.

De este modo, en España, Ramiro Ledesma definió el fascismo como la "primera aparición magna y formidable de la violencia **con un sentido moral, nacional y creador**" y taxativamente anunció que "la

Patria es coacción, disciplina" (JONS, número 3; el subrayado es nuestro), mientras que José Antonio preconizó la famosa "dialéctica de los puños y de las pistolas". La acción era, pues, sin duda, violencia, catarsis purgativa, aunque pudiera llegar a ser pura estética de la agresión —"una batalla cruenta. Un alalá definitivo y un desfile triunfal por el barrio con cara feroz de represalia", soñaba Giménez Caballero (JONS, número 6) —, e incluso un tónico para la virilidad —el país pacífico es un "país de eunucoides", podía leerse en **La Conquista del Estado (número 6)—. Sobre un fondo de atormentado barroquismo, recobra vieja y sobrecogedora luz la simbología de los frisos macabros y reaparece la mística terrorista que exalta la muerte, el combate, la guerra, el dolor o la represalia, temas reiterados de la propaganda fascista en todas sus formas.**

ANTI-INTELLECTUALISMO FASCISTA

No cabe duda de que la ascensión del fascismo se debió en buena parte a este desatentado culto de la acción, bajo el que se ocultaba una especie de neorromanticismo definitivamente enemigo de la razón y, quizá por eso, dotado de un decisivo poder de convocatoria. De ahí que el fascismo supusiera una drástica revisión de la cultura que casi siempre desembocaría en una peculiar **anticultura** hecha de negaciones enfáticas y gestos hostiles o suficientes. Es fácil advertir en los primitivos proyectos de **cultura totalitaria** el predominio de los valores **heroicos** sobre los genuinamente intelectuales. La actitud fascista —culto de la **acción**, valoración del **riesgo** y la **aventura**, depreciación de la vida y paralelo entusiasmo por la muerte, etcétera— cristaliza en un prototipo combativo de hombre, poco compatible con la inevitable abstracción de lo cultural e incluso incompatible más allá del lindero de un expeditivo pragmatismo. De este modo se gestó el talante decididamente anti-intelectual que acabaría acarreado al fascismo su peculiar endeblez teórica y depurando sus filas de valiosos elementos que en un principio se vieron arrastrados por la eficacia retórica y por el atractivo de su dinamismo.

Por lo que se refiere al fascismo español, está claro que la identificación de la República con las aspiraciones de la élite intelectual ocasionó el enérgico anti-intelectualismo de sus protagonistas. Hay infinidad de citas posibles a propósito en los escritos de Ledesma, de Onésimo Redondo, de Primo de Rivera y de la generalidad de sus seguidores. En **La Con-**

quista del Estado, JONS, FE, Arriba, etcétera, el tono habitual es de violenta oposición al intelectual, considerado miembro de un estamento inútil o peligroso. Emiliano Aguado escribió algo tan explícito como esto: "El peligro inminente que amenazaba hacer del hombre un **homo intelectuali** ha sido pulverizado por Mussolini, después por Hitler y en España queremos nosotros trocar ese **homo intelectuali** en **homo humanus, sive divinus**" (sic, **JONS**, número 4). La imagen del intelectual como ciudadano aislado y discordante, parasitario tal vez, fue atacada con dureza. José Antonio aireó lo de la **torre de marfil**, símbolo del egoísmo y del desentendimiento por lo colectivo, justo en el momento en que más cerca estuvieron los intelectuales de la política, como lo prueba la insistente presencia de éstos en la prensa diaria —**El Sol, Ahora, Leviathan, etcétera**— y la propia militancia en los partidos, sobre todo en el área reformista. El cliché, no obstante, hizo fortuna y terminó por convertirse en uno de los tópicos más repetidos en la prensa y la oratoria fascista, más o menos a este tenor: "A los sabios maestros, hombres de pensamiento y de estudio, de laboratorio y de cuartilla, con todo respeto, no debe hacerse el menor caso, pues jamás comprenderán, desde su exigua perspectiva de inválidos. La



Tras acusarle de "lipemaniaco", Larra fue reivindicado por los ideólogos fascistas como fiel "a la constitución eterna y entrañable de España y al Imperio".

tremenda grandiosidad de una revolución" (*Conquista*, número 11, editorial).

TACTICA DE PRESTIGIO

La ingénita debilidad teórica del fascismo y la necesidad de seguir una táctica de prestigio de cara a un electorado muy sensibilizado con el fenómeno de la presencia intelectual, obligaron, sin embargo, al movimiento fascista a intentar el rescate de los intelectuales, o al menos de los grandes personajes de la cultura. Los años treinta, en efecto, conocieron —mucho más acusadamente que los setenta del siglo anterior o los iniciales de éste— una subida sin precedente del prestigio y de la estima pública del intelectual (vid., por ejemplo, los comentarios de Tuñón en "Medio siglo de cultura española"). Ya hemos mencionado la crecida experimentada por la prensa y el intenso movimiento editorial producido al socaire de la libertad —y de las ocasiones— republicanas. Pero, además, el intelectual veía fortalecida su imagen por el auge de una vida universitaria muy activa, cuyo papel frente a la Dictadura es bien conocido, y en cierta medida también por el eco que despertaron algunas polémicas entre los intelectuales y el Poder, señaladamente la famosa de Unamuno (vid. "Dos artículos y dos discursos") contra el general Primo de Rivera.

Todos estos factores contribuyeron a hacer del intelectual un elemento **interesante** en la vida política. La República no sólo era considerada por muchos —y no sólo por los grupos fascistas— como la obra de la intelectualidad burguesa y como la realización del sueño del 98 (*Conquista*, número 5), sino que parecía ofrecerse llanamente a sus planes de clase, o, mejor, a sus aspiraciones **estamentales**. El célebre **Manifiesto** de la "Agrupación al servicio de la República" (Ortega, Marañón y Pérez de Ayala) provocó reacciones de muy distinto signo, pero, desde luego, la desconfianza de los fascistas, que pronto pasaron al contraataque, a pesar de que no escaseen las declaraciones de filiación orteguiana, especialmente en el sector falangista; José Antonio le dedicó elogios equívocos y Ledesma lo calificó de "tardío, distante y lírico" (*Conquista*, número 1). La mayoritaria adhesión de los intelectuales a la República y, en fin, el creciente prestigio político de hombres como Azaña, Besteiro, Unamuno, Pérez de Ayala, Marañón, etcétera, encontraron la enemiga del fascismo contra el **estamento**, al tiempo que le obligaba a improvisar una táctica recuperadora de los sectores más aprovechables o asequibles.



En el enérgico reformismo del profeta aragonés Joaquín Costa se detectó un aprovechable proyecto de signo castellanista, "forjado en el ideal cidiano".

A LA BUSCA DE UNA GENEALOGIA

Para esta tarea, el fascismo contaba en España con un equipo joven, despierto y, sin duda, audaz. La intensa lucha de los órganos políticos había forjado una minoría atenta y adiestrada que conocía bien sus posibilidades de maniobra. En líneas generales, el plan consistía, de un lado, en recuperar todo cuanto pudiera servir a la historia cultural del país —autores imperialistas, nacionalistas, "esencialistas", castizos, épicos, etcétera—, y de otro, en procurar el acercamiento a las grandes figuras del momento, ya forzando el ditirambo, ya descubriendo parentesco y afinidades, a veces, la verdad, no tan forzados. En resumen, se trataba de inventar o establecer una genealogía del fascismo y con esta intención se invocaba desde Pedro Mexía, B. del Castillo, Ginés de Sepúlveda, el padre Mariana, Zabaleta, Forner hasta Lope o Garcilaso —este último llamado, como se sabe, a posteriores exaltaciones—, sobre cuyas poéticas sentó cátedra el propio José Antonio, dentro del clima reverencial por la poesía que el sector falangista especialmente trató de imponer.

La poesía, así, gozó de prestigio excepcional bajo la influencia de José Antonio, que veía en ella un poderoso aliado retórico. La poesía **imperial** fue impuesta como viático reglamentario y Garcilaso exaltado junto con las voces de entonación mística y sabor **hispanico** —Fray Luis, Fernando de Herrera,

etcétera—, frecuentemente invocadas incluso en las arengas políticas de propaganda (vid. el discurso de José Antonio en Valladolid, 4-III-34).

Del grado de oportunismo y relativa incoherencia con que se realizó esta labor de rescate de los clásicos dan idea las listas de autores "recomendados", citados o glosados en las publicaciones fascistas: Así, al lado de relaciones como la antes facilitada son notables las contenidas en la sección fija **Guiones** del periódico **FE**, en la que puede advertirse la diferencia de estilo cultural del grupo falangista, más calificado y propenso, tal vez por su específica extracción social, a aceptar la cultura **burguesa convencional**, frente a los otros. En esos **Guiones** —cabe suponer que por influencia de Sánchez Mazas, autor conocido sobre el tema— es notable la incorporación de los autores **maquiavelistas** (el propio Maquiavelo, Guicciardini y otras figuras del renacimiento florentino), movilizados por los mussolinianos, junto con los escritores del barroco español (Quevedo, Saavedra Fajardo, Gracián), vinculado, como sabemos, a esa corriente. Es curiosa la nómima así **rescatada** y aún más la visible táctica de aislar fragmentos del contexto de tal modo que Torres de Villarroel, Mateo Alemán, Vives, Quevedo o Feijoo puedan, a tenor de una frase desconectada del discurso original, condenar la libertad o justificar la violencia, predicar el Imperio o elogiar la disciplina. En esta misma línea es definitivo el rescate de la antigüedad hispano-romana intentado por Giménez Caballero en su estrambótico ensayo "España y Roma" (publicado primero por entregas en **FE**), y de manera especial, el capítulo "Séneca o los fundamentos estoicos del fascismo", muy en el estilo interpretativo de Ganivet, como hemos de ver.

Frente al siglo XVIII, lógicamente, la actitud es casi siempre de violenta repulsa, hecho que corrobora la condición **romántica** y la proclividad irracionalista del fascismo. Son numerosos los textos en que los **ilustrados** aparecen como representantes de un **estilo** vano y de una actitud antiespañola, partidario del "ideal francés" y del ejercicio estéril de la Razón, pero sobre todo disuasores frente a una tradición ultramontana y cesarista. "Ilustración a la francesa", "romanticismo al gusto inglés": los dos siglos inmediatos son condenados a grandes brochazos, sobre una argumentación xenófoba que encaja bien en el cuadro de presupuestos sentimentales del nacionalismo exaltado. Prácticamente, pues, la gran operación de rescate se reduce al panteón castizo e imperialista del **Siglo de Oro** y sus aleda-

ños, lo cual, ciertamente, no era mucho para lo que se proponía.

La verdadera tarea recuperadora empieza más abajo. El caso de Larra, por ejemplo, es uno de los más significativos: "Larra era un romántico, un atrabiliario, un lipemaníaco", puede leerse en **JONS** (número 7), aunque en seguida es reivindicado como fiel "a la constitución eterna y entrañable de España y al Imperio", como enemigo de "los políticos" (Juan Aparicio; también le salva Puértolas, **Conquista**, número 7, y Aparicio: "Larra, los frailes y la tierra", ídem). Con ingenuidad o malicia, los ideólogos fascistas rastrean este pasado cultural



Juan Aparicio se mostró el más audaz de los recuperadores, adjudicando a, por ejemplo, Ganivet una vocación imperialista y una repulsa de "la política".

en busca de todo tipo de materiales aprovechables para cimentar el vacilante edificio de una teoría hecho sobre todo de negaciones a voz en cuello. Pero esa penuria da lugar a una peregrina estimativa cuyas visibles contradicciones, a veces clamorosas, no arredran a los entusiastas y despreocupados pragmáticos que llevan a cabo la tarea. Ortega había explicado hacía bastante tiempo ("Sobre el fascismo", **Espectador**) el sentido de esas y otras contradicciones doctrinales de la actitud fascista.

Por este camino poco exigente, los genealogistas dieron pronto con un nombre importante: Joaquín Costa. Costa —en nuestros días, reivindicado también como **prefascista**, aunque desde una perspectiva antípoda, por Enrique Tierno Galván— sedu-

jo especialmente a los vehementes rastreadores del flanco jonsista, que detectan en el reformismo enérgico del profeta aragonés un aprovechable proyecto de signo castellanista, "forjado en el ideal cidiano" (Dionisio Pérez, **Conquista**). Giménez Caballero reclamó expresamente la progeñe costista para su grupo, señalando las coincidencias literales que a su entender acercaban al "profeta" con el fascismo (**Conquista**, número 2). Por el lado falangista, no obstante, los elogios alternaron con cierta reserva provocada por el criticismo anubarrado y el balance en cierto modo pesimista de la vida española que resulta de la obra de Costa. En este sentido menudearon las desconfianzas y se llegó pronto a hablar claramente de "derrotismo a lo Costa" (**Fe**, número 10) y de su descendencia pesimista, entre la que se situaba al propio Manuel Azaña.

Ganivet, por su parte, gozó de particular predicamento entre los grupos fascistas, especialmente por reflejo de su "Idearium" sobre la mentalidad pragmática, nacionalista y tradicional de aquéllos. Su maciza argumentación en defensa de las "esencias" españolas les sedujo tanto como su energía tonal y su reciedumbre de acentos castizos. Por otra parte, Ganivet representaba a los ojos de los fascistas una protesta aislada entre el desánimo y un grito en favor de la tonificación del país que había dejado de ser grande. Así lo señaló, entre otros, reiteradamente Juan Aparicio (**Conquista**, **JONS**), el más activo y audaz de los recuperadores, quien creía ver en él, como en Larra, una vocación imperialista y una repulsa de "la política", más justificada, como es lógico, en el primer caso que por referencia a **Figaro**. Larra, Costa, Ganivet: el puente hacia el 98 quedaba así tendido y se trataba ahora de franquearlo en busca de un armisticio con los maestros que, a la audacia de los jóvenes fascistas, se antojaba natural. Tendremos que ver más de cerca en qué razones se fundaba esta pretensión de los fascistas y de paso cuál fue la reacción de los solicitados.

NIETOS, HIJOS Y ABUELOS

Es curioso que el 98 haya funcionado con insistencia como referencia obligada de casi todo proyecto de reforma concebido en la España posterior. Parece como si toda definición pública española tuviera que partir de una confrontación con lo que fue aquella aventura radical de la generación que quiso romper con la asfixiante herencia del XIX. Sin embargo, la cosa puede que encuentre explicación razonable en el

hecho de que tanto la fuerza social empeñada en la reforma —las clases medias— como el objetivo histórico pretendido —la remoción de los supuestos estructurales de la sociedad arcaica— o el objetivo político —la superación institucional del "régimen liberal burgués"— de la aventura noventayochista coinciden en lo fundamental con los del grupo que aparece tras la guerra europea y, en definitiva, también con los de la generación que asiste a la crisis abierta en 1931. Las llamadas "generaciones del 98", "del 14" y "del 27" —estas fechas convencionales son, como es lógico, perfectamente arbitrarias— serían tres nuevas



Ortega y Gasset denuncia "la rebelión de las masas" y propone el remedio elitista de las "minorías selectas", cultas, europeas, tolerantes y directoras.

aventuras coincidentes en la base social y en los objetivos perseguidos. Esta es la razón de que los jóvenes de los años treinta —desde Giménez Caballero a Laín Entralgo: los emparejo con aversión y por estricta intención cronológica— se autodenominaran "nietos del 98", expresión arriesgada en sus consecuencias, pero que no parece que disgustara al propio Unamuno.

Frente al enemigo común —la España liberal de la Restauración—, el fascismo reivindicó su descendencia noventayochista, aceptando buena parte de aquella mitología radical y sobre todo las razones profundas de la sentimentalidad mesocrática de los "abuelos": rechazo del XIX, reacción de signo nacionalista, "esencialismo" (castellanista o de otro matiz), ideal de seguridad,

talante aristocrático y elitista, etcétera. El contenido **regeneracionista** de la protesta del 98 es básicamente el mismo que alienta en los vagos programas del fascismo y tal vez no haya entre ellos más diferencia verdadera que la que media entre el famoso "abolengo liberal" de una juventud aristocrática a la manera nietzscheana y el espíritu expresamente antiliberal de la juventud fascista. He aquí, pues, dos relevantes contactos ideológicos entre las tres "generaciones" que conviene observar de cerca.

ELITISMO Y ANTIPROGRESISMO

Cada una a su manera, las tres generaciones aludidas responden en el fondo a un decisivo estímulo **aristocrático**. Sobre el 98 y su gente planea la sombra de Nietzsche y el airón del voluntarismo de la época, germen de un humanismo distante y restringido que domina en los albores del siglo. Los jóvenes del 98 —según ha demostrado Gonzalo Sobejano, "Nietzsche y España"— conciben un programa de **regeneración** a base de voluntad y destinado a "los mejores", que es en cierto modo heredero de todos los despotismos más o menos

ilustrados precedentes y anuncio de la irresistible tendencia elitista de sus sucesores. "La voluntad", de Azorín, traduce un nietzscheísmo de guante blanco y la trilogía barojiana de "La lucha por la vida" anuncia una tormentosa religión voluntarista; Maeztu presume de discípulo de Nietzsche e incluso el Valle-Inclán de la primera etapa se apunta a una bradominiana displicencia de corte aristocrático ante la ruina del orden patriarcal de los señores.

Dando cara ya a la crisis de la guerra, al doblar la primera década se perfila el sentimiento elitista replanteado sobre bases sociológicas más precisas. Ortega, jefe visible de la nueva promoción, denuncia "La rebelión de las masas" y anuncia el remedio de las "minorías selectas", cultas, europeas, tolerantes y directoras. Desde el lado **católico al liberal**, este tipo de hombres **intermedios** hacen de solución de continuidad entre el aristocratismo del 98 y las últimas definiciones elitistas. El fascismo español, obviando discrepancias de **estilo** y no sin alguna reserva, habrá de proclamarse en su momento descendiente legítimo de Ortega y Gasset, a pesar de la indudable estirpe liberal del ideario orteguiano. Para que tamañas paradojas cobren sentido, puede que no esté de más relacionar el



tema del elitismo con otra curiosa característica también común a las tres promociones: el talante en cierto modo **tradicional** y el apego a las "raíces históricas" frente al hecho insoslayable del cambio social. También en este punto parecen coincidir, según decimos, salvadas las naturales diferencias de tono, a partir del descubrimiento de las "esencias" llevado a cabo en el 98. Se trata para todos de utilizar el arsenal de energías enterrado en la Historia, de actualizar el vigor "adormecido" —las metáforas del sueño, la modorra, etcétera, se repiten hasta el tópico—, de "resucitar" al país. Ese es el origen de la vocación historicista que domina los mejores intentos y que recogerá el fascismo en su hora para procurarse su propia imagen de la convivencia española. "Hay en todos los hombres del 98, más o menos visible, cierto desdén por las formas de vida que suelen llamarse 'civilizadas' y 'modernas'. Todos prefieren el paisaje a la fábrica...", escribió Laín. Conocida es, por otra parte, la avisada precaución con que Ortega condujo su "Meditación sobre la técnica". No caben muchas dudas, en fin, de que sobre la prevención arcaizante del fascismo gravitaba una dilatada literatura "antimodernista", o al menos cautamente precavida frente al irreversible cambio social.

2 UNA ALIANZA IMPOSIBLE

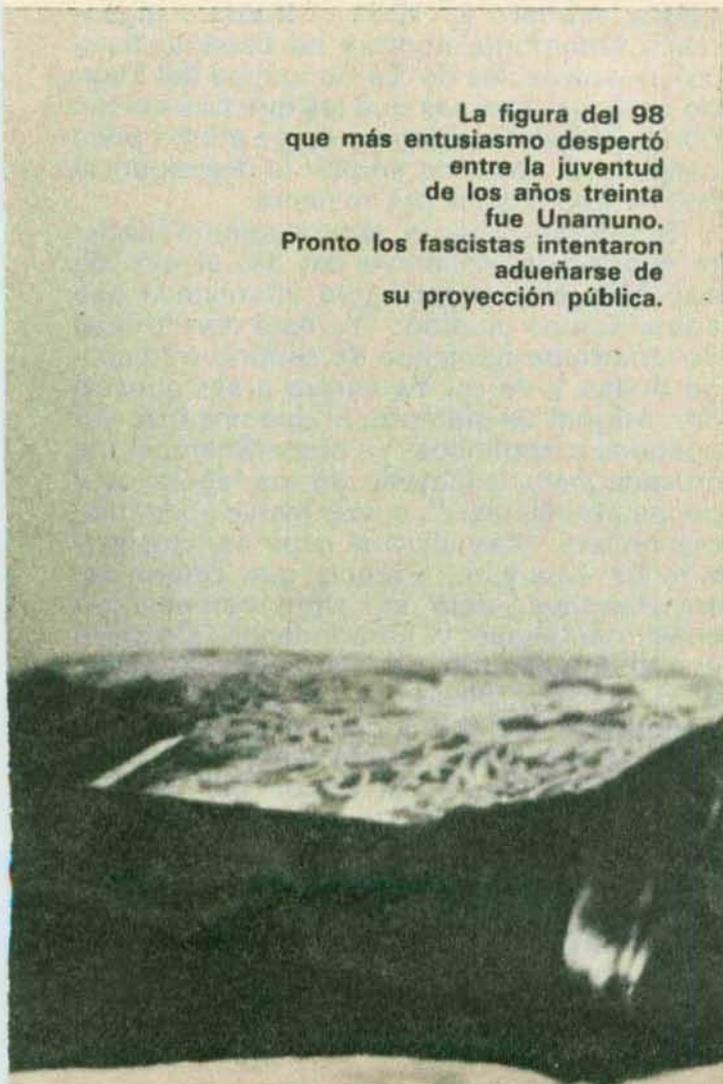
EL "GRAN DON MIGUEL"

Sin duda, fue Unamuno la figura del 98 que más entusiasmo despertó en la juventud de los años treinta. Ningún otro entre los viejos maestros arremolinó tantas esperanzas ni ciertamente desconcertó tanto. Los fascistas, por su parte, advirtieron pronto su trascendencia pública y ensayaron por todos los medios la recuperación de su figura. Pero, ¿en qué razones fundaban los fascistas sus esperanzas y sus simpatías sobre un "liberal" tan señero e irreductible?

La ortodoxia unamunista —bando muy nutrido— suele desviar la cuestión explicando que el interés de los fascistas no es más que una de tantas estrategias recuperadoras como proliferaron en el momento. En efecto, a la vuelta del exilio impuesto por la Dictadura, la talla de Unamuno como hombre público parece haber sido mayúscula, en especial en los momentos iniciales, cuando todavía la "dictablanda" ofrecía un flanco fácil a la protesta y, claro es, a la demagogia. Desde febrero de 1930 hasta abril del año siguiente, Unamuno actuó como un auténtico líder. Era, al fin, ese "excitator Hispaniae" con que había soñado desde su juventud y era fuera del país la única voz española con verdadera autoridad y prestigio reconocido desde Romaine a D'Annunzio, pasando por Curtius. "Son tan brutos —decía él—, han vivido tan al margen de la vida cultural de España, que era y sigue siendo posible que un español se haga, como me he hecho yo, una reputación mundial, adquiera autoridad en todo el mundo civilizado y aun más allá de los países de lengua española sin que ellos se enteren" ("Dos discursos"). Pero habrá que ver en qué consistía el pensamiento político —él diría "cívico"— de este vociferante maestro del caos español.

Hoy sabemos sobre el Unamuno político (Eliás Díaz, Pérez de la Dehesa, Blanco Aguinaga, Bécarud, Sánchez Barbudo, Aranguren, etcétera) lo suficiente para contemplar su figura pública con cierta garantía de rigor. Sabemos, sobre todo, que el caldo de sus convicciones no va muy abajo y que esas convicciones son, básicamente, de naturaleza retórica. El famoso "socialismo" de Unamuno parece tan poco probable, a poco que seamos algo exigentes, como tantas otras caracterizaciones con que se le ha intentado definir. Pero en el momento que nos ocupa, su postura se complica decisiva-

La figura del 98 que más entusiasmo despertó entre la juventud de los años treinta fue Unamuno. Pronto los fascistas intentaron adueñarse de su proyección pública.



mente. En efecto, el relativo rigor del exilio exacerbó al "Unamuno contemplativo", que poco a poco fue perdiendo intimidad para proyectarse en la vida pública. Sus viejas porfías espirituales aceptan la tregua impuesta por una circunstancia política realmente caótica y el recitador de versos atormentados se transforma poco a poco en el "energúmeno" de las feroces polémicas. No hay más que reparar en el lenguaje de estas obras del tiempo —la ya citada, por ejemplo— para comprender la gravedad del choque experimentado. Pero ese mismo lenguaje, tal vez, puede orientarnos sobre el sentido último de sus protestas, sobre el grado de improvisación con que están hilvanados sus tremebundos proyectos "cívicos". "Se trata de que las gentes voten en la calle a gritos" (ob. cit.), proponía el 4 de mayo de 1930; en octubre, después de una incansable actividad personal, escribía esto otro: "Y después de esto, ¿para qué todo?, ¿para qué?" (vid. sobre ello, especialmente el excelente trabajo de Sánchez Barbudo, "San Manuel Bueno y el vicario saboyano de Rousseau").

El giro que tomaban las cosas desde mediados del año 30 fue suficiente para que **excitador** comprendiera el alcance eventual de sus "gritos" y reaccionara replegándose a sus antiguas dubitaciones. Barbudo ha señalado la significación del prólogo que puso a "La agonía del Cristianismo", traducido por esas fechas al castellano, así como el sentido recuperador y expiatorio de su bella novela "San Manuel Bueno". Pero quizá hay que esperar a que la República se afiance y el democratismo radical amague su golpe decisivo para ver replegarse a Unamuno y recomponer su profunda y auténtica figura. Los artículos que escribe para la revista **Ahora**, ya en 1933 —"La ciudad de Henoc", "El colegio de Pablo Iglesias", "1933 en Palenzuela", "Ceros a la derecha y a la izquierda"...—, dan testimonio de su alarma y de sus renovadas inquietudes ante el cambio social en que peligraba su dilecta "España esencial".

Esta larga e improvisada matización de las ideas de Unamuno pretende sólo situar al hombre público que era "el gran don Miguel" de los fascistas, en el horizonte emocional de los años treinta. Más allá de su indiscutible relevancia pública, en efecto, los jóvenes fascistas intuían en el Unamuno de esta época un parentesco, o cuando menos, cierta afinidad de tono y cierto parentesco en las emociones, por razones que serían demasiado largas de exponer ahora, pero que intentaremos resumir.

En principio, el gran atractivo del maestro residía para los fascistas en la visible orientación irracionalista de su pensamien-

to. El irracionalismo de don Miguel, mejor que otras formulaciones francesas o italianas, ofrecía una buena base para la estrategia psicológica de la **acción** dentro de una protesta juvenil esencialmente **romántica**. Pero esa juventud fascista además comprendía la utilidad que podía reportarle la retórica "esencialista" que en Unamuno funcionaba como eje de un **nacionalismo** de raíz histórica —**intrahistórica** en su terminología— claramente aprovechable desde la perspectiva fascista. Salvados los matices que él mismo se encargó de subrayar, los fascistas supieron advertir que un **regeneracionismo** que se apoyaba en la España "eterna", "profunda" y por fin "imperial", que jugaba con las "esencias incontaminables" conservadas como un rescoldo del pasado, etcétera, etcétera, era algo que encajaba holgadamente en la base del **revolucionarismo** fascista.

En todo caso, la devoción unamuniana de los fascistas varía según el sector en que se produce. Seguramente fue el grupo de JONS donde con mayor vehemencia se le tendió el cable. "Unamuno, antes que nadie, en 1908, dio el tono de guerra, y hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistas de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes", escribiría Ramiro Ledesma (**Conquista**, número 2, 1931). "Nuestro gigantesco Unamuno, hombre de España, tiene con nosotros, los de 'La Conquista del Estado', menos reservas que las que nos cercan por ahí" (ibidem, número 4), se afirma poco después, a pesar de admitir la discrepancia con el liberalismo del maestro.

Sintomáticamente, la propaganda fascista subrayaba, en mayo del 31, el giro de don Miguel y el repliegue intimista a que antes hemos aludido: "Ya está don Miguel de Unamuno hablando de sentido trágico y de dudas y de fe. Ya vuelve a ser nuestro don Miguel de siempre. El que nos hizo ser políticos y apolíticos. Ya preparábamos una cruzada para rescatarlo de los leguleyos y de los ateneístas...", puede leerse en la misma revista. Más clara si cabe es esta alusión de Aparicio: "Parecía que Unamuno, en Hendaya, dejó su alma campeadora entre nostalgias y furibundeces. Después era el funcionario de Instrucción Pública, pero no el profesor" ("La voz imperial", **Conquista**), escribe, y concluye: "Escuchad a Unamuno: **No se puede sacrificar España a la República...**"; "A través del Imperio hemos recobrado a Unamuno"; "**La Conquista del Estado** acariciará las barbas del patriarca don Miguel..."

Pero ya hemos advertido que las devociones distan de ser unánimes, en función sobre todo de las oscilaciones frecuentes

del humor del maestro. Así, mientras Eugenio Montes le apostrofaba desde "Acción Española" como responsable de "la acritud y tolvenera del 98", Giménez Caballero le incluía entre los que llamaba "figuras verticales" (sic) de la Historia española ("España y Roma", capítulo III). Del lado falangista, José Antonio no dudó en reputarle como "la mejor cabeza vasca" junto con Maeztu y frente a los líderes separatistas (discurso en el Parlamento). Pero intentemos ahora resumir la ondulante actitud de Unamuno para que resulte más coherente y se explique mejor la afición de los fascistas por su figura.

En principio, Unamuno representaba un tipo de republicanismo independiente y **paradójico** que se prestaba a la ofensiva antirrepublicana del fascismo. Dentro de esa circunstancia, lo más aprovechable para éste fue su antipartidismo sistemático y su honda antipatía por Azaña y el liberalismo reformista que éste representaba. Pero más abajo, no cabe duda de que don Miguel simbolizaba un tipo de pensamiento unitarista que coincidía, retóricamente al menos, con ciertas formas del ideario nacionalista de extrema derecha. Su castellanismo sentimental y apasionado se resolvía en una idea de **patria** que puede ajustar virtualmente con aquél y derivar hacia el optimismo de raigambre utópica que termina por convertirse en proyecto de Imperio como forma específica de destino nacional. Los fascistas tenían que apreciar coincidencias ventajosas en la demanda que hace Unamuno de "un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional" y de "un sentimiento de la **unidad de ese destino**" (vid. "Visiones y comentarios"; nótese la virtualidad semántica con conocidas definiciones fascistas), en su discutido grito "¡España, España, España!" o en su consigna "España, Una, Soberana y Universal" con que inauguró el curso académico en Salamanca: los comentarios sobran.

Su castellanismo determinó, por otra parte, una decidida repulsa de las aspiraciones regionalistas, llevada a extremos incluso beatos y, desde luego, carente de toda posible apertura. No obstante, parece evidente que el gran punto de contacto entre el maestro y los fascistas estriba en su argumentación idealista del presente social, así como en el estilo sentimental y apasionado de sus interpretaciones históricas. Su peligrosa teoría de "la guerra civil fecunda", fertilizadora de la convivencia ciudadana, bordea una retórica legionaria que por fuerza tenía que sonar grata en los oídos fascistas. Lo mismo sucede con su peregrina versión de los conflictos sociales agudizados en la coyuntura republicana: no hay lucha

de clases, sino "conflictos de tribus"; no es lo esencial el hambre y la miseria, sino el resentimiento y la envidia de los desheredados... De cara al problema campesino y a la reforma agraria, evidencia Unamuno un talante tradicionalista sin más, impregnado por el ideal mesocrático de seguridad y con base en el dichoso sentimentalismo histórico ya aludido. Un cuadro, como se ve, bien aprovechable desde la perspectiva fascista.

Justo es señalar, a pesar de todo, que Unamuno reacciona luego contra su propia opinión y se preocupa de advertir sus diferencias con el "fajismo". El giro obedece en no escasa medida a las críticas adversas, descontando lo que en él haya de puro **paradojismo**. En cualquier caso, se debe también a una reacción coherente del viejo liberal y del humanista generoso que siempre fue. Así, por ejemplo, hay que notar su viva reacción contra la violencia entendida como valor absoluto y contra la tendencia cesarista, no sólo en los fascismos puros, sino también de ciertos sectores derechistas y especialmente de la democracia cristiana animada por **el jefe** Gil Robles. Frente a todo ello, Unamuno afirma con énfasis su "abolengo liberal" —hay un magistral análisis del tema en la obra de Elías Díaz, muy valiosas críticas de urgencia en Bécarrud y Tuñón de Lara—, descubriendo sin advertirlo su esencial desfase, su radical condición no sólo de "hombre al margen", sino incluso de hombre desbordado sin remedio por el acontecer histórico: Unamuno es un liberal en el buen y añejo sentido del término, y tal vez por eso mismo no alcanza a situarse críticamente ante el torbellino de las nuevas condiciones sociales. Este es el sentido y la explicación de las "disparidades entrañables" que le unían, según Sánchez Mazas, al ideario fascista. Disparidades que, venturosamente para su memoria de liberal y de pensador independiente y digno, fueron acrecentándose luego, hasta alcanzar el violento desenlace ocurrido en Salamanca años después de su discutida reunión con los líderes fascistas, a los que ya entonces advirtió del riesgo de "desmentalización" que entrañan las actitudes pasionales. Una profunda divergencia latía, pues, a pesar de todas las apariencias, mucho antes de que se produjera el célebre incidente entre Unamuno y el general Millán Astray.

MAEZTU Y LOS "VALORES PERDURABLES"

Maeztu fue, probablemente, por las fechas de que tratamos, el miembro del 98 más activo y comprometido en el terreno



Ramiro de Maeztu, haciendo uso de la palabra en un mitin de la derecha. Sentado en la presidencia, José Antonio.

político. No hay más que asomarse a sus escritos del momento y ver el número y tono de los artículos sobre la crisis republicana, disponibles hoy, gracias al cuidado piadoso de sus incondicionales, en una serie bien asequible de obras, entre las que estimamos fundamentales "En vísperas de la tragedia" (prologada por Areilza), "Frente a la República" y "El nuevo tradicionalismo y la revolución social" (preparada por Pérez Embid, Vázquez Doderó y otros, bajo la dirección de Vicente Marrero). La referencia bibliográfica anterior pretende descubrir al lector no familiarizado el grado de integración del pensamiento de Maeztu en el horizonte ideológico oficialista de la posguerra y su eventual vigencia. Maeztu, en efecto, es el único 98 indiscutido y plenamente aceptado por amplios sectores del nacionalismo conservador, cualquiera que sea su matiz, después de la guerra civil y, lo que es significativo, desde antes de la República.

Nada tiene de extraño en consecuencia que Maeztu no fuera objeto de discusión para los ideólogos fascistas de la primera hora, para quienes su figura política no

suponía tanto un engarce con el pasado prestigio del 98 como un elemento actualísimo y coincidente en lo fundamental. Así lo entendía, por ejemplo, el editorial con que abre sus páginas la revista **JONS** ("Hombres y partidos de España", núm. 1), al hablar de Maeztu como teórico de los "valores perdurables". Pero, ¿cuáles eran esos valores compartidos por la vanguardia fascista y el teórico de la Santa Tradición?

Por supuesto que en 1933 los "valores" de Maeztu no son los que defendiera como noventayochista, desde sus años mozos hasta que la crisis aguda abierta por la guerra del 14 le arrastrase, como a otros muchos, en sentido diferente y aun opuesto. Los mismos observadores fascistas se refieren a este cambio, elogiando la venturosa "transformación espiritual" ("Homenaje a Ramiro de Maeztu", **Conquista**, número 2) que le aleja de la "tolvanera del 98", aunque no olvidan su viejo "gesto de Wilde, nada civil, social, común" (Aparicio, "Frau Graube, 1915", en **Conquista**, número 2). El "nietzscheano rabioso" que Unamuno denunciara en el Maeztu joven ("De esto y

aquello") y del que socarronamente se sonríe Baroja en sus Memorias, convertido sucesivamente a ciertos utopismos con puntas socializantes y hasta anarcoides, rehará su figura política sobre el modelo del **guildismo** británico antes de erigirse definitivamente en teórico de la Tradición española. No resulta fácil determinar con precisión la ideología de Maeztu, tradicionalista de muchas aguas —"desde la teocracia hasta el comunismo, ha recorrido mi pensamiento todas las farmacopeas", reconoció el maestro— y de perfil poco claro si hemos de compararle con los viejos capitanes integristas de la cuerda de Donoso o Menéndez Pelayo. Pero es que, además, la actitud de Maeztu se decanta aceleradamente frente a la crisis republicana y es precisamente esta actitud final la que de modo más decisivo influye en la ideología ultraderechista contemporánea. En este sentido sería curioso intentar una aproximación ideológica entre los escritos en cuestión de Maeztu y los de origen fascista, en particular sobre la serie de temas que aparecen o se reafirman con ocasión del advenimiento de la República: el histórico **reflejo de orden** frente al cambio social —"ser es defenderse..."—, el irracionalismo voluntarista —"no lo sabemos todo, pero... la verdad moral que conocemos debe ser inviolable"—, el pesimismo de fondo —"no confiemos en ningún privilegio de bondad"—, a veces pintorescamente argumentado —"si el hombre fuera bueno, ¿habría que pagarle para que trabajase?"—; el barroquismo disciplinante —"el ser histórico de España es el camino de la disciplina"—, la defensa del privilegio —"un ideal no es **meramente** un interés, aunque no sea fácil trazar la divisoria..."—, etcétera. Sobre ese trasfondo ideológico, Maeztu va perfilando un tipo de razonamiento político que contiene de hecho el grueso de las preocupaciones fascistas y aun cristaliza en construcciones ideológicas perfectamente integrables en la cálida retórica juvenil propia del tiempo, como su nacionalismo agresivo con el corolario imperialista que tan grato parece haber sido a los fascistas de todos los sectores.

La "recuperación" de Maeztu no era, pues, faena difícil, aunque, bien entendido, no era el viejo noventayochista (sobre la relación entre Maeztu y su generación hay dos trabajos importantes de Marrero y G. Gómez de la Serna) quien coincidía de manera tan llana con las nuevas ideas —nuevas sólo en la formulación, claro está—, sino el político **transformado** en nietzscheano de signo contrario, el irracionalista que resolvía el pesimismo tenebroso de las **clases medias** en una solución drástica de disciplina y rigores, de **jerarquía**

natural camuflada bajo la retórica del "servicio" y la "misión".

AZORIN, "GRAN FARSANTE"

No encajó bien Azorín, con su literatismo pacífico y sus modos preciosistas, en el esquema de aquella juventud. El "pequeño filósofo", el montaigniano lánguido, el "clásico redivivo" que tanto había contribuido a resucitar un nacionalismo de acuarela y carboncillo, anarquista tremendo, maurista devoto, laciervista y hasta subsecretario fugaz, fue para los amigos del rigor y la intemperie un ser mezquino y pobre, un "gran farsante". Desde los órganos falangistas, Azorín es presentado como el símbolo del "pesimismo" del 98, como el "literato" embebido y retórico de una generación perdida y de un espíritu inservible. A propósito de "Un discurso de La Cierva", el fascista Puértolas le obsequia con un repaso destemplado, sacando a relucir aquello de la "versatilidad" —¿y Maeztu, y Unamuno, y Baroja?— y la falta de consecuencia ideológica, censurando una de esas frases azorinianas, tan propias del esteta indolente y tan irrelevantes en fin de cuentas ("que vuestro patriotismo sea melancólico, implacable"...).

Quien haya leído las páginas declinantes del último Azorín —ésas en que se suma a la condena del XIX y habla con admiración de El Escorial y de Aurora Bautista—, se sor-



Desde los órganos falangistas, Azorín es presentado como símbolo del "pesimismo" del 98, como el "literato" embebido y retórico de una generación perdida.

prenderá un poco, sin duda, de este "Meteoro" aparecido en "La Conquista del Estado": "R. I. P. Don José Martínez Ruiz (**Cándido, Ahriman, Azorín**). Ultimamente no firmaba artículos. Educado con los escolapios. Anarquista. Ex maurista y antiguo laiciervista. Casi director de **La Nación**. Dramaturgo. Próximo a ser comunista. Sin hijos, pequeño filósofo. Académico. Fue subsecretario. Le gustaban los dulces y las violetas. Ha fallecido de melancolía electoral, de remembranza de agua con azucarillos, de saudade del Salón del Congreso...: Era un alma tímida y ruborizable. Pudo ser un excelente ujier en las Constituyentes" (**Conquista**, número 16).

Luego, en la posguerra, la cosa cambiaría y Azorín iba a ser obsequiado con honores de momia sagrada y prestigiante. Cuando murió —"nada hay fijo y duradero bajo el cielo y sobre la tierra", como diría él— sus necrológicas hablaron del ex subsecretario de Instrucción Pública y su entierro concentró buena parte del Parque Móvil "de servicio" en Madrid. Pero, claro está, tampoco era en esta ocasión el 98 lo que se "recuperaba" ni, desde luego, la sombra del **terrible** Martínez Ruiz mozo, aquel que expulsaron de **El País** —que ya era expulsar— por sus opiniones "sobre la propiedad y el matrimonio", discípulo de Nietzsche, reportero en las huelgas andaluzas, sospecho de anarquía y libertinaje. Era tan sólo un eco traído y llevado, desgastado, de todo aquello. Lo curioso, en cualquier caso, es que ya lo era, y mucho antes, cuando los implacables fascistas de la primera hora le relevaron con tanto rencor. La rehabilitación de Azorín, como la de tantos otros, tendría que pasar por la criba mucho más fina de los inteligentes sucesores de la vieja guardia fascista, gentes **liberales** en el buen sentido y desde luego de muy distinta laya, como se ha podido comprobar luego definitivamente. Sea lo que fuere, retengamos esta condena de Azorín como prueba del tono pasional e irreflexivo con que se llevó a cabo la pretendida "recuperación" fascista del 98. Y de paso, aunque sea pesimista la constatación, para comprobar "el triste, el ineluctable, el tremendo" y, en cierto modo, el azoriniano destino del liberalismo declinónico, del ideario contemplativo y apocado de nuestra muy sufrida clase media.

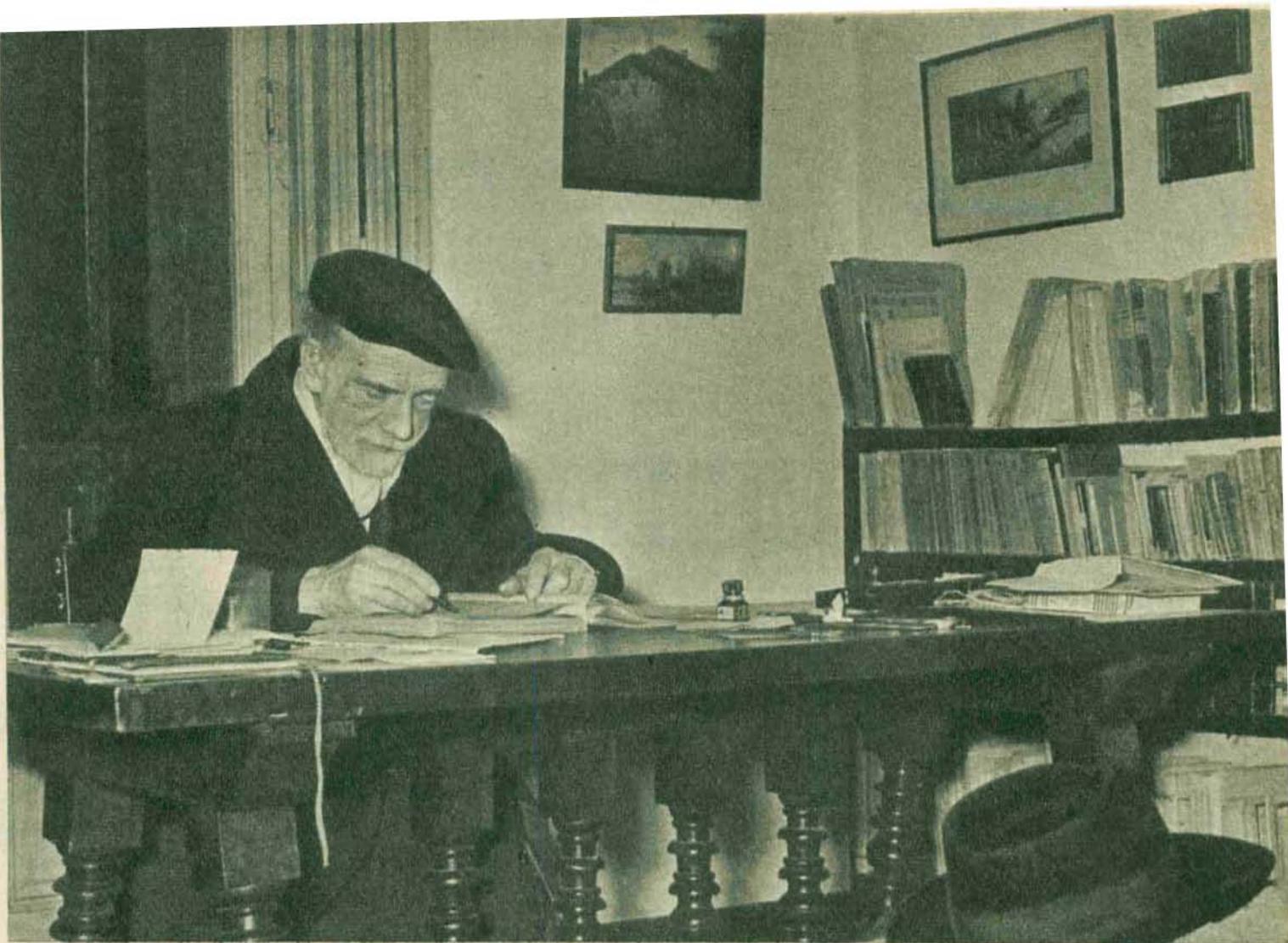
"EL ADMIRABLE DON PIO"

La condición difícil del individualismo barojiano, no pocas veces resuelta en tonos arbitrarios e incluso absurdos, produjo cier-

ta imagen del maestro que fue aprovechada en la campaña de **recuperación** comentada, alguna vez, como es notorio, de manera alevosa. Hoy interpretamos aquella condición en el marco de un sentimiento pequeñoburgués de la vida que es la más entrañada raíz del ideario noventayochista. En este sentido se ha señalado reiteradamente el significado mesocrático de la ideología surgida con el Desastre y el carácter de ideario de la clase media que le es propio (Tuñón, Mainer, Jutglar; en el número homenaje de "Insula" me ocupó del tema). Pero en el caso de Baroja la cuestión se complica en proporción a su arbitrario y quizá extravagante sentido de la Independencia. Sobre los años que nos ocupan, don Pio sintió de algún modo el peso de la contradicción y reaccionó ante la crisis general con acentos visiblemente equívocos.

En el fondo, la problemática circunstancia de la época inspira a Baroja un oscuro temor. El "individualista extrarreligioso" percibe con claridad la doble amenaza que se cierne sobre la utopía liberal y decide aferrarse a una especie de sentimentalidad anacrónica frente a las opciones terminantes que ofrece la época. Baroja es un caso típico del eclecticismo constitutivamente pequeñoburgués, que recurre a la doble negación del fascismo y el comunismo con un gesto retórico y una endeble justificación **humanista**: el sentido de la libertad rechaza un sistema que, con uno u otro signo, se opone al Hombre, con mayúscula. La serie habitual de tópicos **humanistas** sirve a este eclecticismo de trinchera, de urgencia, frente al riesgo de una definición acorde con un tiempo que parece no admitir sino modelos extremos, revelando, a la vez, la insustancialidad del ideario liberal y, desde otra perspectiva, la oculta cara de uno de los tópicos románticos de más larga vida: la "Independencia" del escritor.

Existe una curiosa entrevista supuestamente concedida por Baroja a Juan Aparicio poco antes de la República ("Baroja en la realidad de lo real", **Conquista**, número 1, marzo 1931), que es tal vez el primer intento sólido de acercamiento. En ella, frente a un lúcido pre-juicio de la República burguesa que se avecinaba, Baroja declara que España necesita "un impulso violento, enérgico, embalado", que, por cierto, no sabe con certeza quién llegará a dar, y admite ser "partidario de una dictadura centralista y de carácter social", entendida como solución posible entre la amenaza "dehumanizadora" del marxismo o del comunismo. La idea —que recuerda inmediatamente otras formulaciones intelectuales coetáneas y, en especial, el "platonismo férreo" propuesto



Fue absurdo considerar a Baroja como un "precursor español del fascismo", tal como intentó Giménez Caballero. En realidad, el novelista vasco sostuvo en lo fundamental su aséptica ejecutoria de hombre independiente.

por Ortega frente a la "rebellión de las masas"— reaparece en la respuesta de Baroja a "La Voz", cuya glosa publicó FE (número 5, febrero 34), firmada por Samuel Ros: "Baroja, sin creer en el comunismo ni en el fascismo, cree posible una dictadura de aire técnico, clara o disimulada". Como puede verse en esa misma entrevista, el fondo de la actitud está constituido por un terminante desdiseño de la experiencia liberal parlamentaria, cuyo fracaso histórico parece ya evidente, incluso a los liberales más empecinados.

Es evidente, de otro lado, que la experiencia republicana confirmó los temores de don Pío y radicalizó su desconfianza democrática. Sin embargo, no hay más que leer sus páginas autobiográficas o la excelente biografía de Pérez Ferrero ("Vida de Pío Baroja") para recuperar la seguridad de que el novelista bandeó como pudo el temporal y sostuvo en lo fundamental su aséptica ejecutoria de hombre independiente. De ahí el absurdo de maniobras como la emprendida por Giménez Caballero para descubrir en el maestro un "precursor español del fascismo" (vid. JONS, número 8),

con base en la crítica del parlamentarismo contenida en "César o nada" o en el uso anecdótico de cierta onomástica exótica (lo del perro Thor, etcétera), así como de su inocente afición por la svástica. El propio Giménez Caballero sería prologuista y antólogo en un alevoso volumen titulado "Comunistas, judíos, masones y demás ralea" (Valladolid, 1934) consentido por Baroja —Mainer habla del "malaconsejado Baroja"—, que hizo desde luego un flojo servicio al buen nombre del novelista. Hoy, en general, ese texto se ha olvidado con justicia o se toma tan sólo como referencia bibliográfica ilustrativa de ciertas tragedias españolas. Lo cierto es que tampoco cuajó la maniobra "recuperadora" del "admirable don Pío". Al contrario, poco a poco se fue olvidando el proyecto a medida que el novelista recobraba su perfil de huraño anticlerical, distante y cosmopolita. A su muerte, como parece confirmado en las recientes memorias familiares de su sobrino Caro Baroja ("Los Baroja"), casi puede decirse que había recobrado su egregia independencia, su romántico concepto de la soledad y su condición, quién sabe si envidiable, de "español aparte". ■ J. A. G. M.